

Progresismo e izquierda

Entrevista a Cristina Moyano Barahona*

En el presente se habla o se escucha hablar de progresismo por parte de distintas expresiones políticas, cosa que, lejos de significar una referencia clara o directa, más bien tiende a confundir a la población acerca de su contenido. Uno de los tópicos de esta confusión toca directamente a la izquierda chilena, ¿qué crees tú que ha ocurrido en este caso?

Conviene hacer una separación respecto del uso que se le ha venido dando al concepto de progresismo. De un lado, tenemos el empleo del progresismo que se realiza en la arena política y, de otro, el uso más bien situado en el área filosófica y referido al concepto propiamente tal, si bien no existe una separación total entre ambos. Entonces, por ejemplo, si uno piensa hoy día en el uso del progresismo en el campo político, me parece que el concepto ha venido a reemplazar, de alguna u otra manera, la idea de izquierda, es decir, los políticos que en algún momento fueron de izquierda, se definen actualmente como progresistas. Puede ser que algunos lo hagan para tomar distancia del pasado, para negarlo; sin embargo, pienso que en su mayoría lo hacen para teñir de un nuevo significado esa posición política que en algún momento tuvieron. Actúan así en la creencia de que esa definición sigue estando asociada a los fundamentos ideológicos que tuvo la izquierda con los inicios de la Modernidad, esa idea avanzar hacia un futuro utópico vinculado con el sueño de una vida mejor, esto es, con el progreso, apelación que, además, está vaciada de la carga negativa que la noción de izquierda mantiene hoy en día. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la gente más renovada del Partido Socialista, o con el PPD que, por lo general, se autodefinen más como progresistas que de izquierda.

Deduzco de tus palabras que en este movimiento habría una especie de vacío respecto de una tradición ideológica de índole marxista que, al quedar en desuso, se apela a una noción de orden más tradicional del progresismo. Ahora, desde el punto de vista de esa perspectiva más tradicional, se puede entender el progresismo como una perspectiva de cambio básicamente gradual, idea muy propia del siglo XIX que, hacia comienzos del siglo XX, deviene revolucionaria, identificándose más con el cambio como ruptura. ¿Es esta visión del cambio lo que cayó en desuso?

El concepto de progreso usado, por ejemplo en la terminología marxista, también implicaba la idea de un futuro promisorio superior, más elevado y mejor, porque tenía una connotación valórica respecto del presente y del pasado, y eso está en el discurso moderno, o sea, en el marxismo, que también es parte del discurso moderno. Lo que yo creo que cayó es el concepto de izquierda, la posición política que implicaba la izquierda, y los contenidos normativos e ideológicos que ella tenía. Entonces, como eso está muy

* Cristina Moyano B., chilena, Doctora en historia, académica Universidad de Santiago de Chile. Entrevistó: Manuel Loyola

vilipendiado, está en desuso por las propias características históricas que rodearon la caída del socialismo real. Hoy es mucho más adecuado llamarse progresista que denominarse de izquierda. Hay, por tanto, una especie de intento de salvar una posición política ocupando un concepto que en su tiempo no necesariamente se adscribía a una ideología política, porque los liberales y aun los conservadores de hace cien años, también creían en el progreso. En consecuencia, muchos de los marxistas que creían en el progreso y que ahora todavía guardan una esperanza en un futuro mejor -que debería seguir siendo un signo para denominarse de izquierda- recurren a esta especie de etiqueta de nominación política, pues la etiqueta anterior dejó de ser funcional, dejó de ser operativa y dejó de ser convocante.

En esa perspectiva, el progresismo serviría como una suerte de paraguas amplio que, si bien puede permitir salvar cierta identidad, sin embargo te deja en un terreno bastante *light* donde cualquier cosa puede ser asumida como progresista ¿Tienes alguna visión más específica o más concreta de lo que hoy día pudiese ser planteado como progresismo a fin de obviar en algo la levedad de su mención actual?

Desde la década de los 80 del siglo pasado, cuando viene todo el debate político-ideológico respecto de lo que es ser de izquierda, de lo que es ser de derecha, de lo que es el socialismo y lo que es la democracia, etc., hay un intento por redefinir el progreso y una posición progresista nueva. Pensando en los temas que yo he estudiado -los de la *renovación socialista*-, estos emergen cuando el socialismo deja de ser un modelo de sociedad y se convierte en un vector de políticas. Ese vector de políticas, esa direccionalidad de las políticas hacia una sociedad más justa, más integrada, más igualitaria, etc., -pero que nunca se va a alcanzar como una sociedad históricamente tangible-, ahí comienza a llenarse de sentido, en el sector que lo comienza a usar el progresismo, esta idea de avance hacia un proyecto o hacia un modelo de sociedad que no vamos a alcanzar, pero que tiene una direccionalidad hacia la integración, hacia la mayor igualdad y la mayor justicia social. Luego, en la década de los 90, este nuevo sentido no sólo será aspiraciones, sino que ellas producirán también una nueva agenda problemática que el progresismo va a vivir como propia de su definición normativa, por ejemplo, en los ámbitos de la lucha por ciertos derechos humanos de tercera generación, la reivindicación de la diversidad, del indigenismo, de los derechos de género, de los derechos de la infancia, etc. De ahí que, desde mi posición, cuando efectivamente uno piensa en este nuevo progresismo, invariablemente se tiene que pensar en aquellas posiciones más de avanzada, por decirlo de alguna manera, de aquellas que están muy asociadas a una experiencia más liberal, pero liberal en serio, es decir, de recuperación del liberalismo en el plano más doctrinario.

¿Una idea de progresismo que se emparentaría más con una noción de modernización más amplia que las manifestaciones economicistas y tecnológicas de esta modernización?

Sí, exactamente

¿Y quiénes crees tú que son los que hoy podrían protagonizar de mejor manera este impulso amplio de cambio o, dicho de otra forma, dónde supones que anida esta perspectiva de renovación del progresismo/modernización?

Desde luego, no en los partidos políticos tomados como entidades compactas. En su interior la problemática del progresismo es tomada de diferente forma y, en general, el asunto los tensiona. Además, si bien el progresismo ha sido una idea bastante más usada por un sector de la izquierda, en el presente es difícil decir qué progresistas son de izquierda o qué progresistas son de derecha. En los hechos, es claro que sus posturas coinciden en una visión puramente neoliberal de la modernización. Por ejemplo, tenemos los casos de Schaulson o de Allamand, que se definen como liberales progresistas, pero que, en la práctica, se ajustan a posturas liberales bastante tradicionales, abogando por la competencia económica o la igualdad de oportunidades como fórmula para enfrentar las inequidades, cosa que, en un país como el nuestro, sabemos que no es posible. Frente a ellos, coloco a otros que estimo más acertados en su progresismo, como aquellos que no abominan del Estado como una herramienta de movilidad social y de integración y que discrepan del llamado capitalismo salvaje. Siendo más tajante en mi apreciación, al progresismo en Chile hay que vincularlo con ciertas posiciones políticas que yo vinculo expresamente con la evolución experimentada por el proyecto de renovación socialista.

Obviamente, el progresismo modernizador también se puede ubicar en los discursos que tienen otros sectores vinculados a la promoción de los derechos de la mujer, en los pro abortistas, en los pro divorcio, encarnados, por ejemplo, en ciertas ONG como La Morada. Al margen de estar o no completamente de acuerdo con sus posiciones, debemos reconocer que tienen una línea de mayor modernización de la sociedad que implica mayores niveles de democratización y de desarrollo de las prácticas ciudadanas. Está también en los grupos homosexuales que aspiran a un reconocimiento de la diversidad en la vida social y cotidiana; en ciertos sectores políticos que reivindican estas posturas como parte de las políticas a implementarse en una agenda legislativa. Son personas que están situadas en posturas más liberales al interior del mundo socialista, o en ciertos sectores del PPD que esgrimieron como propio el discurso ecologista, pro género y el debate indigenista; incluso ciertos sectores liberales de la derecha que rechaza la esfera más confesional o de vinculación más radical con la Iglesia Católica, como es el caso de Baldo Prokurica.

Es cierto que con lo dicho no se avanza mucho más en las formas de especificación de este progresismo socialmente modernizador, cosa que no la veo como un problema insoluble. Debemos tener en cuenta que este progresismo todavía está en una situación muy incipiente, y es muy precario todavía. Además, es una condición de la política actual la idea de no casarse con etiquetas identitarias fuertes. Ahora, esto puede ser visto como una posibilidad favorable a que el progresismo vaya llenándose de mayores sentidos y vaya excediendo las menciones que hasta ahora ha hegemonizado un solo sector político. Cuánto tiempo tome en rebasar esos márgenes para que el concepto deje de estar asociado a este grupo, es un asunto que va a depender de la capacidad que tengan otros actores para allegar sentidos políticos más programáticos.

Esta posibilidad que planteas me sugiere otra pregunta. El área más bien tradicional de la izquierda identificada con el PC ¿consideras que ha permanecido en la visión más clásica o rebasada del progresismo?

Creo que en el PC, de una u otra manera, también pueden hallarse a muchos partícipes de este nuevo progresismo, de este progresismo social de que te hablo. Lo que pasa es que, en general, en el PC no se sienten cómodos con la denominación, es decir, uno puede evaluar ciertas acciones del Partido Comunista como siendo parte del progresismo y sus reivindicaciones. No obstante, me parece que ellas corresponderían a una cierta forma de agarrarse de determinados movimientos sociales que tienen discursos progresistas sin que esto haya calado hondo en su pensamiento. Claramente, a este partido no le resulte aún válido o útil tomarse del progresismo para reconstruir su identidad política.

¿Consideras, entonces, que el PC no ha re-elaborado una nueva idea de progresismo más acorde con las novedades de los últimos 35 años?

No, creo que no. Lo que pasa es que hay ciertos conceptos que, a mi juicio, se vuelven hegemónicos para denominar identidades y procesos políticos, me explico: el Partido Comunista resintió mucho el proceso de renovación socialista, y cuando observa que los renovados tomaron el concepto de progresismo para autodefinirse, establece distancia inmediatamente de esa expresión: como se sabe, para llegar a tener identidad propia en la escena política, tú tienes que generar diferenciaciones. Y, entonces, siendo en varios ámbitos de su discurso y prácticas políticas una organización progresista, rehúye abordar y abordarse en perspectiva progresista, pues estima que es un membrete incómodo, poco claro y cargado de las connotaciones adversas con las que identificará al proceso de la *renovación socialista*.

Hasta aquí hemos referido el progresismo a nuestra época, pero en tu calidad de historiadora ¿identificas momentos o procesos dónde el progresismo ha tenido relevancia en el pasado del país?. Te consulto esto para proponer si el nuevo progresismo podría contar con antecedentes a los que echar mano.

El concepto de progreso en Chile como factor de fundamentación de prácticas políticas, adquiere fuerza con el siglo XIX. Ciertamente, estuvo asociado al proceso de la Independencia. Los escritores de entonces establecieron la vinculación entre libertad, emancipación y progreso, por lo tanto, hay un primer significado que tiene que ver con esta idea de la emancipación y del autogobierno o la autonomía política, tópicos que van a perdurar al menos hasta 1830, instante en que la disputa por la organización nacional comienza a llenar de nuevos sentidos al progresismo. En un trabajo que yo estoy haciendo para un grupo de historiadores conceptuales iberoamericanos, estoy trabajado el concepto de libertad y, por medio de él, me he ido encontrando con el concepto de progreso y de cómo este implicó, para ciertos grupos, mayores cuotas de libertad y de ampliación de la libertad. En la disputa por la organización de la república, el concepto de progreso es clave en la discusión política, observándose, como dato relevante, una diferenciación en los sectores conservadores que también se declaran partidarios del progreso, pero de una manera mucho más restrictiva, un progreso al que hay que conducir de manera más moderada. Se diría que en ellos se nota un cierto temor respecto del progreso que se anhela.

¿Y a qué temen?

Para ellos el progreso es un valor, sin duda, pero un valor que no puede llevar al desorden. Temen a los desbordes a que puede llevar el discurso progresista más liberal y que implicaba, por ejemplo, la laicización o el cuestionamiento de su poder social. De esta manera, los conservadores se ven enfrentados a tener que discutir un concepto de progreso que se hace cada vez más hegemónico por el lado de sectores liberales. A fin de cuentas, no es que ellos no crean en el progreso, sólo que le temen al progreso semantizado por los liberales. Hacia mediados del siglo XIX, con personajes como Bilbao o Lastarria, que representan más vivamente un concepto de progreso casi absolutamente ligado al liberalismo, los conservadores comienzan a mirar con más resistencia el progreso.

Luego, con la segunda mitad de ese siglo, período en que el progresismo está plenamente hegemonizado por los liberales, el tema se vuelve un asunto mucho más práctico, es decir, si de un lado, por poner un ejemplo, estuvo asociado a las políticas de laicización de la sociedad a fin de evitar que el mundo religioso siguiera estando tan presente en la vida social y cotidiana –lo que importó una pugna abierta con la Iglesia Católica–, por otro, también propició, en especial en sectores liberales más avanzados, pensar procesos de democratización mediante reformas electorales que permitieran el acceso a la práctica política representativa de algunos sectores populares o medios. Esos vectores de política pueden ser calificados como políticas progresistas, pensando, además, que fueron enarboladas por quienes se definieron como partidarios del progreso indefinido en el tiempo.

Después, en esta lectura más bien política que realizo desde mi presente –pues no creo que ellos hayan utilizado el concepto de progresismo para definir sus propuestas políticas–, el progresismo también se asoció a las demandas que enarbolaron grupos sociales que condensarían sus aspiraciones en partidos como el Demócrata o el Obrero Socialista, con lo cual ya llegamos al siglo XX.

En tu indicación de que tal vez los núcleos socialistas no habrían hecho suyo el rótulo de progresismo, al menos no de manera abierta, me lleva a pensar que el progresismo sería, por sobre todo, un horizonte de apelación más bien de tipo instrumental y por medio del cual uno puede identificar un progresismo conservador, un progresismo liberal y, posteriormente, un progresismo socialista que competirían. A tu juicio ¿cómo se construye esta visión del “progresismo socialista”, qué ocurre en la sociedad chilena de finales del siglo XIX que la posibilidad de instalar un discurso progresista de izquierda o socialista, logra ir adquiriendo cada vez más vigencia, incluso desplazando, por “retrógrados” a los otros discursos?

Yo creo que allí la tesis de Sergio Grez puede ser un elemento interpretativo a considerar, no obstante su elaboración es también de ahora. Es decir, cuando Grez dice que los movimientos sociales de artesanos de mediados del siglo XIX construyen un “liberalismo popular”, uno puede encontrar ahí una conexión que, de alguna u otra manera, nutrió al movimiento obrero más político de fines del siglo XIX que cristalizará en experiencias como las del POS, de Recabarren y la FOCH, permaneciendo, en alguna proporción –en lo que más tarde será el discurso definible como de izquierda–, este remanente del “liberalismo popular” que, con el paso del tiempo, se identificará con un ideario de justicia social. Por tanto, es posible relacionar aquí al progresismo decimonónico más clásico, con

esta otra idea de progreso de “izquierda”, de carácter más bien utópico que, con el siglo siguiente, se identificará con una “sociedad socialista”. En definitiva, es posible encontrar una continuidad entre el discurso liberal decimonónico más tradicional, con el discurso obrero que asume el progreso también como baluarte.

¿A ti te parece que, haciendo una comparación bastante atrevida, que así como hace cien o doscientos años atrás, hoy estaríamos nuevamente intentando refundar una idea de nación a partir de una re-visión del progresismo?

Puede ser, aunque no estoy muy segura. Lo que sí uno puede notar es que el concepto de progresismo hoy puede estar en disputa para construirse como concepto único que alcance un significado más universal, reconocido por todos. Esto, no obstante, se hace desde una enorme diversidad de iniciativas que se postulan como progresistas. Por ejemplo, hay algunos grupos que se definen de avanzada apelando a la disolución de las fronteras nacionales. O, de manera más específica, uno puede pensar en un senador como Alejandro Navarro, que se define progresista y de izquierda, que es uno de los principales sostenedores de la idea de darle un pedazo de territorio a Bolivia para resolver su mediterraneidad.

En esta perspectiva, efectivamente la idea de progresismo y de avanzar hacia un progreso particular, puede ayudar a “refundar” la nación. Algo de esto está presente en los discursos entorno al Bicentenario y sus llamados para llevar a Chile a posiciones más elevadas requiriéndose para ello “refundar” el espíritu unitario y así caminar todos hacia tal meta. Veremos qué pasa. De todos modos, no me parece que el progresismo pueda cumplir plenamente este fin. Me explico. Como el progresismo está asociado a posiciones valóricas e ideológicas, algunos sectores pueden no sentirse llamados a ello. Hace varias semanas, el historiador Gonzalo Vial publicó una columna en *La Segunda* donde dice que hoy la gente de izquierda se arropa con el concepto de progresismo para validar las atrocidades más grandes (como, por ejemplo, el aborto). Señala que, en función de argumentar a favor del progreso –idea que no encuentra mala en sí misma-, se yergue una especie de caballo de Troya por el que se busca fundamentar cualquier cosa, peligro que incluso –como para allá iría el carro de la historia, según algunos- podría llevar a la disolución de la nación. Como este carro, según él, en su momento iba hacia la sociedad socialista –esa era la máxima señal de progreso-, los izquierdistas de antaño (los progresistas de hoy), justificaron y validaron las violaciones a los derechos humanos realizadas, por ejemplo, por Stalin. Entonces, insiste, en función del progreso se han justificado esas atrocidades de nuestra historia y, por eso, si él tuviera que definirse de alguna manera, preferiría hacerlo como conservador. Estas visiones son las que me hacen dudar de que el progresismo pueda realmente ser un elemento de unidad nacional.

Muy bien, pero no obstante las dificultades que el progresismo pueda contener para consensos amplios y de largo –cosa seguramente imposible de pretender-, supongo que podríamos al menos concordar en ciertas aspiraciones mínimas o vitales con las que el progresismo podría operar ¿cuáles, a tu juicio, podrían ser los aspectos de un “progresismo mínimo”?

En primer lugar, refiriéndome a cuestiones de orden más bien normativas, supongo que el progresismo, en tanto exista como apelación de futuro, debería sostenerse, pues, a partir de ello, se podría dar la lucha por cargarlo de sentido y significación. Al respecto, un dato mínimo relevante con el que habría que asociarlo para una mayor definición de sí mismo, es el de la democratización efectiva de la sociedad o a una ampliación constante de la democracia. Esto implica contar con canales de participación más transparentes y más fluidos entre la sociedad civil y los sectores políticos, implica que la sociedad civil tenga una mayor capacidad de movilización para hacerse escuchar y, por lo tanto, ser un instrumento empoderado con capacidad para definir líneas políticas nacionales. Significa derribar amarres institucionales que restringen esa participación, significa terminar con la Constitución que tenemos hoy día, acabar con el sistema binominal, acabar con instituciones no progresistas y que restringen esa posibilidad de democratización, como es, por ejemplo, el Tribunal Constitucional, instancia que, al arbitrar sobre decisiones políticas regulares, atenta contra el sentir popular mayoritario.

De otra parte, el progresismo también debe asociarse más efectivamente a la reivindicación de elementos que pueden estar más vinculados al liberalismo, como son las demandas por mayor tolerancia y aceptación de la diversidad, cosas que tienen que ver con la construcción de un individuo más autónomo, más libre, más independiente; que haya un Estado que norme menos las acciones y las decisiones individuales. Indudablemente, estoy pensando en un sujeto que también es ideal, el sujeto moderno y racional, que es capaz de tomar decisiones en conocimiento de una serie de elementos que lo llevan a optar por una decisión determinada. Aquellas fuerzas que promuevan ello, yo las calificaría de progresistas.

A la vez, el progresismo debe estar cruzado por una idea de mayor integración social y una verdadera igualdad de oportunidades que tenga por base una garantía social de ciertos elementos para el sustento cotidiano de las personas y que no deben estar sujetos a la pura competencia de mercado. En esta línea, ser progresista para mí también tiene que ver con mayores niveles de igualdad social, no de igualdad de oportunidades, sino que de igualdad social, es decir, de luchar por el establecimiento de un piso de igualdad social que tiene que ver con accesos reales y de calidad a la educación, la salud o la vivienda digna. Después que tú garantices eso efectivamente, puedes pensar en una igualdad de oportunidades en términos de la competencia de los sujetos para construir la vida que ellos quieran, la inserción en los mercados laborales y profesionales, los mercados que tú quieras definir. Entonces, esta igualdad, los mayores niveles de libertad individual y social, y una mayor democratización, son elementos básicos o mínimos que debe contener el concepto de progresismo hoy día. Esto puede sonar añejo o puede sonar como una vuelta a un discurso de izquierda casi decimonónico, pero, a pesar de ello, para mí eso debería ser el progresismo actual.